ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

LAS TRES CRUCES

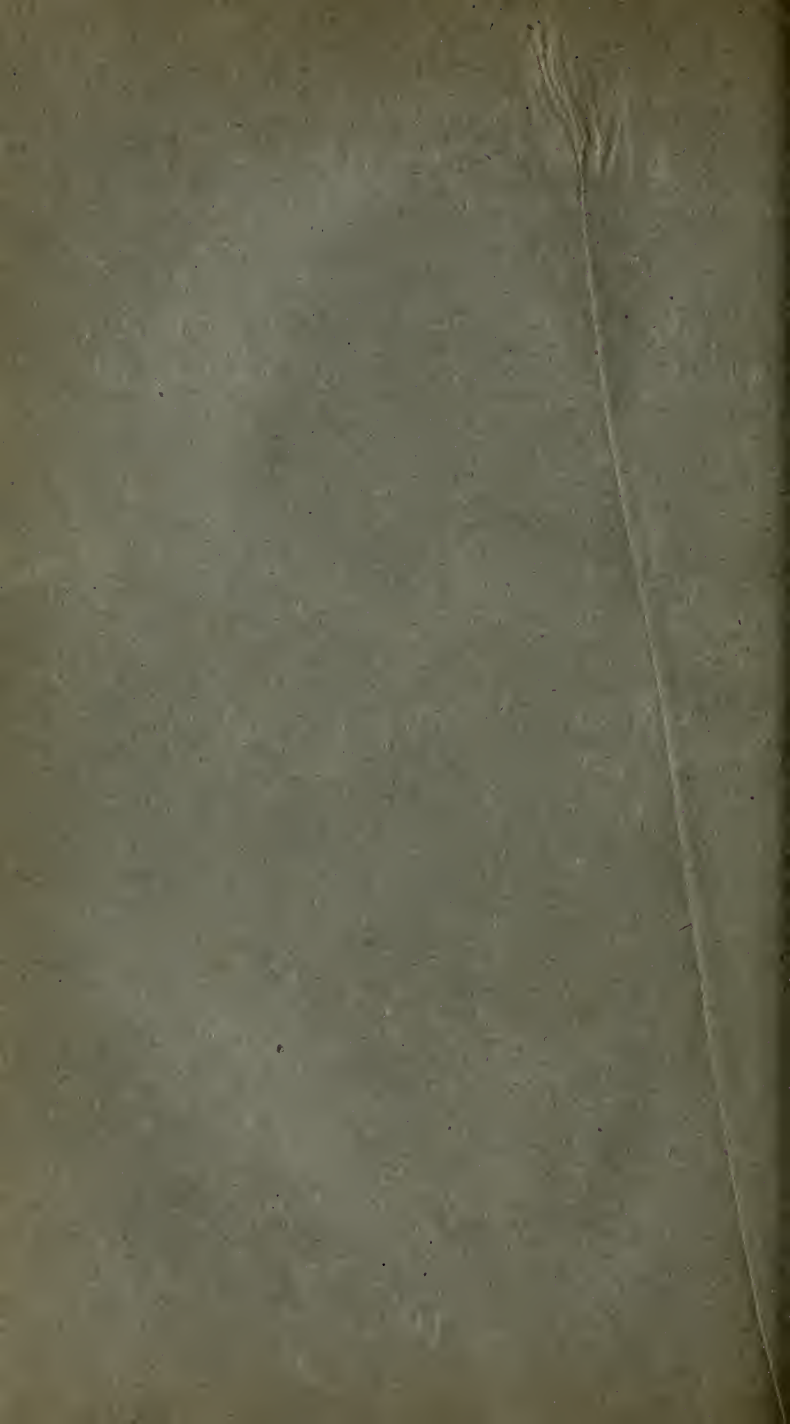
COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JUAN JOSÉ HERRÁNZ

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1889





LAS TRES CRUCES



LAS TRES CRUCES

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JUAN JOSÉ HERRANZ

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA, el día 15 de Diciembre de 1889.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal*.

1889

PERSONAJES		ACTORES
PILAR	Srta.	Martínez.
ASUNCIÓN	»	Guerrero.
ROSARIO	Sra.	Lamadrid.
DON PABLO	Sr.	Mario.
MANUEL	»	Sánchez de León.
EUGENIO	»	Balaguer.
JUAN	»	Calderón.

La acción en Madrid.

ACTO PRIMERO

La escena representa un comedor bien amueblado: hay una ventana practicable á la derecha del actor; dos puertas al foro y otras dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO y JUAN

ROS. Vamos á poner la mesa
que ya no deben tardar.

JUAN. Estaba considerando
cómo se le pasarán
las horas sin hacer nada,
al que usted quiera.

ROS. Bah, bah,
desdoblemos el mantel.

JUAN. Entre los dos, por mitad.

ROS. Yo estas puntas, y usted esas.

JUAN. Si no me puedo apartar
de usted.

(Quiere acercársele, pero Rosario da una vuelta alrededor de la mesa, cuando los dos tienen ya el mantel desdoblado y cogido por las puntas.)

ROS. La vuelta en redondo.

JUAN. (Agitando el mantel como quien mantea.)
Falta el pelele no más.

ROS. No, no falta. Pero tenga
alguna formalidad.

Yo le diré al señorito
la manera de ayudar
que tiene usted.

JUAN. ¿Se incomoda?

ROS. Porque no me deja en paz:
yo soy muy aragonesa,
es decir, franca y formal.
El señorito Manolo
le ha mandado para acá
á que ayude en las faenas
de la casa y, la verdad,
usted en vez de ayudarnos
se ha dedicado á estorbar.

JUAN. Pues, Rosario, usted perdone:
mande y se obedecerá.
Para ser zaragozana,
no es usted muy liberal.

ROS. Acérqueme usted los platos,
¡Eh! No los rompa.

JUAN. Aquí están.
(Acercándose mucho á Rosario.)
No he roto un plato en mi vida.

ROS. (Apartándolo.) Pues no es cosa de empezar.

JUAN. ¿Cuántos cubiertos se ponen?

ROS. Así se hace; no está mal:
cinco; mi señor don Pablo,
la señorita Pilar,
la señorita Asunción...

JUAN. ¿Y los dos novios?

ROS. Cabal
es la cuenta.

JUAN. ¿De los novios?

ROS. De los que van á almorzar.

JUAN. Si usted no se incomodara,
tengo una curiosidad...

ROS. ¿También curioso? Hable usted.

JUAN. Pero...

ROS. De mí no saldrá.

JUAN. ¿Se entiende mi señorito
también con doña Pilar?

ROS. ¿Qué dice usted?

JUAN. ¿No está claro?

Yo sé bien, por lo demás,
que él hace como que quiere
á doña Asunción.

ROS. ¡Habrá
mayor desconfianza! ¡Si él
con ella se va casar!
Y doña Pilar ya tiene
un novio que es muy galán.

JUAN. Eso dice, pero como
ésta, dos años atrás,
cuando él entró en relaciones
con la otra, no estaba tan
libre como ahora, que es viuda,
doña Asunción fué quizá
la pantalla y, siendo mi amo
primo de doña Pilar,
entre primos... está claro,
nadie sabe la verdad.

ROS. ¡Pero qué enredo arma el hombre!

JUAN. Si usted jugara al billar...
Á veces se apunta aquí
(Señala las copas que ha puesto ya en la mesa.)
para dar el golpe allá.

ROS. Si el señorito Manolo
sabe por casualidad
que usted piensa que es tan malo...
¡cómo lo va á despachar!
(Durante la conversación, andan de un lado para otro, colocando las botellas, los fruteros, la quesera y todos los demás enseres de una mesa bien puesta.)

JUAN. Él repite á todas horas:
«piensa mal y acertarás;»
de modo que le obedezco
aplicando su refrán.

ROS. Sí; pero mis señoritas
no dan ocasión jamás
á que las lleven y traigan
en lenguas.

JUAN. Lo mismo da:
con motivo ó sin motivo,
de ellas han de criticar.

Ros. ¡Pues me gusta!...
Juan. Y usted misma,
con esa formalidad
tan aragonesa, ¿puede
saber lo que ha de pensar
de usted la gente?
Ros. Sin duda;
que no puede pensar mal.
Juan. Quizá usted no me haga caso,
ó me lo haga usted quizá,
pero como alguien nos vea
vivir con intimidad,
descuíde usted, que el milagro
nos lo tiene que colgar.
Ros. ¡Pero es tan mala la gente
de este pueblo!
Juan. Un poco más.
Conque... quiérame usted, niña,
(Acercándose mucho á Rosario que le oye pensativa.)
porque al cabo...

ESCENA II

DICHOS y MANUEL

Manuel. ¡Perillán!
¿Te entiendes con la doncella?
Ros. ¡Jesús!
Juan. (Á Rosario) Lo dicho.
Ros. No tal;
que no se entiende conmigo,
sino que ustedes son tan...
no sé qué cosa, que dicen:
«piensa mal y acertarás;»
y aquí no hay gato encerrado,
que yo le llamo al pan, pan,
y al vino, vino, y si alguno
pone en duda mi moral
me descaro, y al sol mismo
le digo una claridad.
Manuel. Está usted en su derecho,

y á mí se me importa igual
que se entienda usted con éste,
ó con el de más allá.

ROS. Con nadie.

MANUEL. Por muchos años.

JUAN. No hay nada... (A Manuel.)

MANUEL. (A Rosario.) Por lo demás,
sírvale á usted de consejo
que, en estos casos, negar
es confirmar las sospechas
de los maliciosos.

ROS. ¡Ya!...
Conque si lo niego, malo,
y, si callo, mucho más;
porque aquí, quien calla otorga,
según dice otro refrán;
pues señor, que no se encuentra
la manera de acertar.

ESCENA III

DICHOS y ASUNCIÓN

ASUNC. ¿Qué es esto?

MANUEL. Nada, una broma
que le ha sentado muy mal.

ASUNC. ¡Riñes con el señorito!

MANUEL. Es una incomodidad
pasajera. Conque voy
á casa. Sígueme Juan,
que ha de traerse la acuarela
que te quiero regalar
para tu cuarto.

ASUNC. ¡Qué bueno!

MANUEL. Una chula: ya verás
que no desmerece en nada
de las que quiere comprar
mi prima.

ASUNC. Y ha sido tuya,
que es siempre un mérito más;
pero ya irás á traerla
cuando acabes de almorzar.

MANUEL. Si voy y vuelvo en dos saltos:
mi casa tan cerca está...
Por algo busqué la vuestra
en mi antigua vecindad.

ASUNC. Frente por frente: este cuarto
va á ser la estación central
de telégrafos.
(Se han acercado al balcón.)

MANUEL. ¿Te burlas?
Porque aún en la esquina está
el mono que te ha seguido.

ASUNC. ¡Qué! Si miraba á Pilar.

MANUEL. ¡Qué flaco es, y qué chiquito
ese extracto de galán!
Parece un pájaro mosca
en tiempo de pelechar.

ASUNC. Ya se te soltó la cuerda,
y devanando ahí estás
los telégrafos, el mono,
tu amor y mi liviandad.
Pero, Manuel de mi vida,
¿por qué eres tan suspicáz?

ROS. (Ha seguido arreglando la mesa con Juan, y dice á éste aparte.)
¿Riñen?

JUAN. Cuando hablan de monos,
de monos deben estar.

MANUEL. He visto en mi vida tantos
engaños, que la verdad,
desconfío de mi sombra
y pienso de todo mal.

ASUNC. Pues mira, la suspicacia
suele ser enfermedad
contagiosa, porque á fuerza
de oir, de contínuo dudar,
se suele entrar en recelos,
y dice al fin cada cual:
¡cuando éste piensa estas cosas,
quién sabe si las hará!

MANUEL Concedo que esto es en mí
un defecto capital;
pero, así y todo me quieres.

ASUNC. ¡Qué tonto!
MANUEL. No es fatuidad.
ASUNC. ¿Por qué me ofendes con dudas?
MANUEL. ¡Ay! Porque tiemblo al pensar
si esta dicha de quererte
la disfrutará alguien más.
ASUNC. ¡Bobo!
JUAN. (A Rosario.) Ya se ablandan.
ROS. (A Juan.) ¿Quiere
á ésta ó á doña Pilar?
JUAN. Tal vez á las dos.
MANUEL. (A Asunción.) Me quedo.
ASUNC. ¿Por celarme?
MANUEL. (Rechaza con un gesto la idea de Asunción, y llama á Juan.)
¡Qué!... Oye acá.
Vé á casa y tráete una chula
que hay puesta sobre un diván.
JUAN. Sí, señor, sí: la que tiene
un velo por delantal.
MANUEL. No. (Contrariado.)
JUAN. ¿La otra al fresco?
MANUEL. ¿Qué frescos?
Si eso no se pinta ya.
JUAN. ¿No? Pues aquella señora
está fresca por demás.
MANUEL. Oye Asunción, voy con él
no haga una barbaridad.

ESCENA IV

ASUNCIÓN y ROSARIO

ROS. ¿Sabe usted que amo y criado
son un par de camastrones?...
¡Qué atrevidos! ¡Qué escamones!
ASUNC. Refiere lo que ha pasado.
ROS. Que el señorito Manolo
dice que nos entendemos
Juan y yo, porque nos vemos
en casa.
ASUNC. ¡Por eso solo!

ROS. El hombre no es ningún trapo,
ni es tuerto de ningún ojo,
ni está manco, ni está cojo...
En fin, que lo encuentro guapo.
Pero haber, sin más, querido
suponer que entre yo y Juan...
Es dar por comido el pan
cuando no estaba cocido.

ASUNC. Ya sé por tu confesión
que te gusta, de manera
que si Manuel tiene espera,
acierta en su presunción.

ROS. Eso no: por más que espere,
tal vez no llegue ese día.

ASUNC. ¿Y por qué? ¿Juan todavía
no te ha dicho que te quiere?

ROS. ¡Ah! Sí; de eso no hay que hablar;
aquí, parece que al ver
un hombre á cualquier mujer,
la tiene que requebrar.

ASUNC. ¿Y tú juzgas necesarios
tus desdenes?

ROS. Francamente,
no puedo ver á la gente
que hace juicios temerarios.

ASUNC. ¿Tiene ese vicio? ¡Es bonito!

ROS. Como don Manuel.
(Movimiento de reproche en Asunción.)
Igual;
éste también piensa mal
hasta de su señorito.

ASUNC. ¡Sí!

ROS. Mi lengua se propasa;
pero digo lo que escucho,
porque la quiero á usted mucho
y á todos los de su casa.

ASUNC. Sigue...

ROS. ¡Es mucho murmurar!
¡Pues no supone ese bolo
que el señorito Manolo
quiere á su prima Pilar!

ASUNC. ¿A mi cuñada?

ROS. ¡Y aún halla
corriente, y fuera de duda,
que antes de ser ella viuda
sirviese usted de pantalla!

ASUNC. ¿Por qué repites así
ese cuento chabacano
que ofende á mi pobre hermano,
á mi cuñada y á mí?

ROS. Yo lo digo, únicamente
para que usted se convenza
de la falta de vergüenza
con que charla aquí la gente.

ASUNC. ¿Y no juzgas insensato
contarme ese enredo burdo,
porque, hasta hallándolo absurdo,
puede darme algún mal rato?
No hay amor sin el temor
de perder el bien querido;
que, aun siendo correspondido,
es receloso el amor.
Por más que yo no lo crea,
no te puedo responder
de que, acaso sin querer,
no revolveré esa idea.
¡Quién sabe si haré una sarta
de locuras al presente,
acerca de si el sirviente
le cogió al amo una carta,
ó él soltó datos pequeños
con grandes coincidencias,
ó le hizo sus confidencias,
ó se delató entre sueños!
Perdóname si te riño;
pero cállatelo todo,
y no vuelvas, de este modo,
á demostrarme cariño.

ROS. ¡Pero, va usted á pensar
que la señorita!... ¡Dale!

ASUNC. Yo sé todo lo que vale
la señorita Pilar.
No puedo achacarle nada
que lleve envuelta malicia,

porque sé hacerle justicia,
aun cuando soy su cuñada...
Pero la imaginación
es una pólvora, y luégo
viene la duda, que es fuego,
¡puf! y estalla la explosión.

ESCENA V

LAS MISMAS y PILAR

PILAR. ¿Y Manolo?
ASUNC. Fué á buscar
un cuadro, en seguida viene.
¿Le esperas?
ROS. (A Asunción.) Eso no tiene
nada de particular.
ASUNC. No; pero si yo no digo...
PILAR. Ningún objeto tenía
mi pregunta; yo creía
que estaba Manuel contigo.
ROS. Si es que á veces...
ASUNC. Bueno, cesa
de charlar, y á tus labores;
vente, que en mi cuarto hay flores;
vamos á adornar la mesa.
PILAR. Te va á llamar provinciana
Manuel, y será un bochorno;
porque nadie usa ese adorno
en convites de mañana.
ASUNC. Yo juzgo una tontería
reglamentar estas cosas;
las flores son muy hermosas
á cualquier hora del día.
(Al entrar D. Pablo se detienen Asunción y Rosario, y la primera indica á la segunda que siga su camino.)

ESCENA VI

PILAR, ASUNCIÓN y DON PABLO

PABLO. Salísteis una tras otra,
y yo me quedé en la sala
con la visita; yo á ese hombre
lo trato de ayer mañana;
no sé nada de su vida,
ni de su historia sé nada,
y tan sólo puedo hablarle
de cosas que se me acaban
pronto: del calor, del frío,
del tiempo, en una palabra.
Vente, sobrina, conmigo,
á sostenerle la charla;
porque, otra cosa, te advierto
que es dejarme en la estacada.
PILAR. Vé tú. (Á Asunción.)
PABLO. (Á Pilar.) ¿Pero, no es tu novio?
PILAR. Aún no es cosa concertada
mi boda.
ASUNC. Pues yo me ocupo
en asuntos de la casa;
conque acompaña á tu novio,
que eres la más obligada.

ESCENA VII

PILAR y DON PABLO

PABLO. Tiene razón.
PILAR. La tenemos
todos.
PABLO. ¡Cosa más extraña!
¡Que una mujer con su novio
se muestre tan despegada!
PILAR. Yo soy viuda hace dos años,
el tiempo cabal que marca
la costumbre para el luto;

pero por mil circunstancias
debo volver á casarme
sin ofender para nada
la memoria del difunto
que esté en gloria y de Dios haya.
Yo no tengo hijos ni padres,
mi edad la dice mi cara,
mi carácter no es de monja,
mi fortuna es muy escasa.
¿Va usted á llevar á cuestas
toda la vida esta carga?
(Pablo quiere interrumpirla cariñosamente.)
No señor, no, que la lleve
quien no la juzgue pesada,
porque si usted tiene muchas
fincas rústicas y urbanas,
esas rentas no son mías
aun cuando ayudo á gastarlas.

PABLO. Pero...

PILAR. Si voy al asunto;
no pierdo el hilo: indicaba
que, queriendo yo á mi novio
sobre todas estas causas,
como Asunción verá el caso
con los ojos de la hermana,
no hago alardes de cariño
delante de mi cuñada.

PABLO. Todo eso está bien pensado,
menos la parte que trata
de que yo pueda en mi vida
considerarte una carga.
No vuelvas, te lo suplico,
á decirme esa palabra.
¡Qué disgusto el de Asunción
si la pobre te escuchara!
ella que es tan cavilosa,
que está tan desamparada
y que, sin ser mi sobrina,
como tú, vive en mi casa...

PILAR. Su situación, en efecto,
es bastante más extraña
que la mía; pues mi tío,

(Cogiéndole la mano.)
como tiene tan buen alma,
amparó, con mi viudéz,
la orfandad de mi cuñada.

PABLO. La situación de esa chica
se resuelve si se casa.

PILAR. Yo no confío en mi primo,
es un poco tarambana:
de pronto le entra el amor
y de pronto se le pasa.

PABLO. La verdad es que ha tenido
cien novias de todas castas.

PILAR. ¿Y sabe usted que sería
una broma muy pesada?...
Porque casándome yo,
¿qué iba á hacer esa muchacha?
De fijo que no querría
vivir con una cuñada,
unida en segundas nupcias
con una persona extraña.

PABLO. Pues seguiría á mi lado
como siempre, en paz y en gracia.

PILAR. ¡Ay, tío! ¡Sin ser parientes!
¡Usted soltero! ¡Ella guapa!
Yo no le aconsejaría
ese paso, por su fama.

PABLO. ¡Pero, Pilar, con un hombre
de mis años y mi facha!

PILAR. El mundo es muy mal pensado
y no se detiene en barras
para inventar una historia
y repetirla en voz baja.

PABLO. ¡Jesús, María y José!
¿No respetará mis canas?
En último resultado,
si ese mundo nos maltrata,
con volverme á Zaragoza,
donde tengo bien sentada
mi reputación, al mundo
se le pone una mordaza.

ESCENA VIII

PILAR, PABLO y ROSARIO, que entra por la misma puerta que salió y trae flores, que coloca en cacharros para adornar la mesa.

ROS. La señorita Asunción
que espera á usted en la sala;
que tiene aquí ocupaciones
y que aguarda á que usted vaya
para venir.

PILAR. (Sin marcharse.) Voy al punto.
Oye, Rosario, esta cala
no la riegas en la vida:
(Coge una botella de agua y la riega por su mano
la tienes abandonada,
no la pones al balcón.
(Saca al balcón el tiesto.)
Sabes que el aire y el agua
son las dos necesidades
que tiene esta pobre planta.

PABLO. Pero es que el sol le hace daño.

PILAR. Pues se corre la persiana
un poco; ya está á cubierto
del rayo que le alcanzaba.
Ahora cierro los cristales
y se queda resguardada
de las corrientes.
(Levanta los visillos dejándolos recógidos.)
Parece
que me está dando las gracias.
(Queda el balcón en la siguiente forma: la persiana caída solamente hasta el primer tercio, los cristales cerrados y los visillos recogidos, de forma que cuando la acción lo exija pueda verse desde dentro de la habitación el balcón de la casa de enfrente.)

ESCENA IX

DICHOS, ASUNCIÓN y EUGENIO

ASUNC. El señor, es para ustedes
persona de confianza,
y lo traigo al comedor
aunque no es la hora fijada
para el almuerzo.

PILAR. Yo iba...

PABLO. Ya ve usted cómo lo tratan. (Muy amable.)

EUGENIO. (Acercándose á Pilar.)
Si la montaña no viene,
iré yo hacia la montaña.

ASUNC. (Dando los últimos toques á la mesa: variando la colocación de las flores y haciendo indicaciones á Rosario para que le ayude en algunos detalles.)
No extrañen que no les hable
porque estoy muy ocupada.

PABLO. (Á Pilar y Eugenio.)
Hasta luégo. (Á Asunción, aparte.)
Voy á hacer
mis rezos de la mañana:
no me han dejado un instante
para rezar una mala
oración.

ASUNC. Pues ya por hoy
va á ser la oración escasa.

ESCENA X

PILAR, ASUNCIÓN, ROSARIO y EUGENIO

Pilar y Eugenio hablan sentados en primer término: Asunción y Rosario andan de un lado para otro alrededor de la mesa.

EUGENIO. Estás conmigo tan fría,
que cualquiera que nos vea
es imposible que crea
que me amas.

ASUNC. (Dando á Rosario la botella con que Pilar regó el tiesto.)
¡Está vacía
la botella!
(Rosario coge de un aparador una botella de agua.)

PILAR. Ten presente
que, viéndonos Asunción,
cualquier rasgo de pasión
es un alarde imprudente.

EUGENIO. ¿Y quién contiene esta fragua?...

PILAR. No te expreses de ese modo.

EUGENIO. Si yo siento fuelle y todo,

ROS. Agua, aquí traigo ya el agua.
(Coloca en la mesa la botella.)

EUGENIO. Me tienes fuera de tino:
si mi amor ya es borrachera.
(Cogiendo del aparador una botella de vino.)

ROS. Esto emborracha á cualquiera:
el de Aragón es buen vino.

PILAR. Dadas nuestras condiciones,
bien nos podemos querer
muchísimo, sin hacer
visibles demostraciones.
Una mirada, una flor,
que pasan inadvertidas,
pueden llevar escondidas
muchas palabras de amor.
Detesto esas formas claras
que yo no usaré jamás:
entenderse, y nada más.

ASUNC. Aquí sobran las cucharas.

PILAR. He de ser amante esposa,
pero, atendiendo á mi clase,
en tanto que no me case
prefiero pecar de sosa.

EUGENIO. Pero has de tener en cuenta
esta pasión que habla á gritos.

ROS. Tome usted los saleritos (Á Asunción.)
con su sal y su pimienta.

EUGENIO. Yo no entiendo tu lenguaje:
dedicado como estoy
siempre á mi bufete, soy

para el amor un salvaje.
Mi alma, que tú fe desea,
nunca su pasión esconde:
si tu amor me corresponde
quiero que el mundo lo vea.
No me importa dar enojos
á toda la humanidad,
cuando la felicidad
se me salga por los ojos.
Y me reiré si me encuentro
con las burlas de cualquiera,
pues criticarnos por fuera
será envidiarnos por dentro.

ROS. No la deja meter baza:
mire usté á la señorita.

ASUNC. Aquí no se necesita
el tarro de la mostaza.

ESCENA XI

DICHOS, MANUEL y JUAN

MANUEL. (Á Asunción.) Hazme el favor de aceptar
la acuarela... No es gran cosa.

PILAR. Es muy bonita.

EUGENIO. ¡Preciosa!

ASUNC. ¡Si es la cara de Pilar!

EUGENIO. Por eso mismo me agrada.

ROS. (¡Es extraño!)

JUAN. (Á Rosario.) ¡Lo han cogido!

PILAR. Yo no encuentro el parecido.

ASUNC. Pues hija, estás retratada.

MANUEL. Comprenderán sin esfuerzo
lo que hay...

PILAR. Explicarlo puedes.

ASUNC. (Á Rosario y Juan.)
¿Pero en qué piensan ustedes?
(Despidiéndolos.)
Á ver si está ya el almuerzo

ESCENA XII

ASUNCIÓN, PILAR, EUGENIO y MANUEL

MANUEL. Esto es de un pintor amigo
que á mi lado horas se pasa:
viene alguna vez á casa
y suele almorzar conmigo.
(Á Asunción y Eugenio.)
Como lo bello le anima
y en su estudio se recrea,
vió sobre mi chimenea
el retrato de mi prima;
y diciéndome: «¡Qué pelo!
¡qué boca! ¡qué lindos ojos!»
me declaró sus antojos
de tomarlo por modelo.
(Á Pilar.) ¿Cometí una indiscreción?
Yo de sincerarme trato;
porque le presté el retrato
con la mejor intención;
y él lo reprodujo en tela...
y al lápiz... y, en fin, un día
me dió tu fotografía
y además esta acuarela.

EUGENIO. Si el retrato le enamora
lo siento, porque es el caso
que, sabe Dios, en qué paso
va á pintar á esta señora.

PILAR. Por eso, no: yo confío
en que me guarde respeto.
Será el pintor más discreto
que ha sido un pariente mio.

MANUEL. ¿Te has enfadado? Perdona.

PILAR. ¿Y das el regalo?

MANUEL. No:
sabes que Asunción y yo
somos la misma persona.

ASUNC. No hay regalo aquí, ni nada,
porque no lo he de aceptar:
esto lo debe guardar

la persona interesada.

PILAR. ¡Yo! De ninguna manera.

ASUNC. ¿Si? Pues yo de ningún modo.

MANUEL. Resulta, después de todo,
que no hay nadie que lo quiera.

EUGENIO. Evitemos discusiones
por si alguno se propasa:
me llevo el cuadro á mi casa
y se acaban las cuestiones.
(Asombro de Manuel.)
Si usted lo quiere guardar
regalándolo á Asunción,
lo tomo yo, y conclusión:
siendo mío es de Pilar.

MANUEL. Tras de rechazarlo en rueda,
resulta que lo queremos
todos.

EUGENIO. Pues lo rifaremos.

MANUEL. Por de pronto, aquí se queda.
(Coloca la acuarela sobre el trinchero.)

EUGENIO. Hago valer el derecho
que al cuadro tiene Pilar.

MANUEL. Yo lo puedo conservar
porque para mí se ha hecho.

EUGENIO. El mueble es depositario.

MANUEL. Pero el depósito es mío.

ESCENA XIII

DICHOS y JUAN que vendrá de la cocina con el primer plato del almuerzo.

JUAN. Ya está el almuerzo.
(Coloca el plato en el centro de la mesa.)

PILAR. ¿Y el tío?

JUAN. Ha ido á llamarle Rosario.

PILAR. (A Asunción. Después de una pausa.)
Sus puestos saber esperan:
nadie se los señaló.

ASUNC. (Conforme enumera, señala los sitios.)
El tío. (Centro de la mesa.)
Pilar. (Extremo de la derecha.)

Y yo.
(Extremo de la iquierda. Quedan vacantes los sitios de derecha é izquierda del tío.)
Ustedes en donde quieran.
(Manuel pasa por detrás de Asunción á colocarse en el puesto de la izquierda de don Pablo, Eugenio se dirige al sitio vacante de la derecha. Todos esperan de pié detrás de su correspondiente silla hasta el momento en que se siente don Pablo.)

MANUEL. (A Asunción aparte.)
Quien bien te mira repara
que tienes semblante adusto.

EUGENIO. (También aparte á Pilar.)
¡Sabes que no me da gusto
que anden copiando tu cara!

MANUEL. ¿Qué tienes? (Siempre en tono confidencial.)

ASUNC. Nada.

EUGENIO. (Continuando el aparte.) ¿No hablo
con razón?

PILAR. No es culpa mía.

MANUEL. Díme...

ASUNC. (Ya en voz alta.) Este plato se enfría.

EUGENIO. Ya está presente don Pablo.

ESCENA XIV

DICHOS y DON PABLO que vuelve á entrar por la puerta que salió.

MANUEL. ¡Nos ha dado usté un plantón!

PILAR. ¿Qué ha tenido usted que hacer?
(Se sientan los cinco á la mesa, y Juan coge el plato que había colocado en el centro y principia á servir.)

PABLO. Vaya, ¿lo queréis saber?
Rezaba en mi habitación.
No pienso que es una tacha
el ser devoto.

MANUEL. Al contrario.
(Marcando el doble sentido de la frase.)
¿Rezaba usted con Rosario?

PABLO. No te oiga. ¡Pobre muchacha!
ASUNC. Dudar del mundo es su tema.
EUGENIO. Encuentro fuerte la broma.
PILAR. El pobre, todo lo toma
por el lado que más quema.
PABLO. Con la ictericia se pierde
la luz clara de tal modo,
que dicen que se ve todo
de un amarillo muy verde;
y lo mismo es la malicia,
una enfermedad muy fea
que hace que todo se vea
muy verde, sin ictericia.
MANUEL. En la experiencia me fundo
para estas dudas que abrigo,
y quien no piensa conmigo
vive fuera de este mundo.
El tío, Asunción, ustedes
todos, es cosa sabida
que se han pasado la vida
metidos entre paredes.
(Á D. Pablo.) Usted, por su genio corto;
(Señalando á una y á otra.)
Pilar y Asunción, por buenas;
(A Eugenio.) y usted, porque sus faenas
le han tenido siempre absorto,
no han podido comprender
que detrás de cada acción
hay una dóble intención
que ustedes no suelen ver;
pero yo, con las lecciones
que en el mundo he recogido,
hallo lo desconocido
en todas las situaciones.
PABLO. Pues te acredita este paso.
¡Por viejo verde me tomas!
MANUEL. Esta es una de esas bromas
que se dicen por si acaso.
PABLO. No; pues ni broma, ni nada.

ESCENA XV

DICHOS y ROSARIO que traerá una caja de píldoras y la entregará á D. Pablo.

ROS. Señor, se le olvida á usté
la píldora.
PABLO. La tragué.
ASUNC. La broma está terminada.
(Rosario principia á mudar platos, y al encontrarse con Juan, junto al aparador, tiene con él estos apartes.)
ROS. Descuidé mi obligación.
JUAN. No; sirve usted hace un rato.
ROS. ¿Que yo sirvo?
JUAN. Sí, de plato;
plato de conversación.
(Salen cada uno por su lado á continuar sirviendo la mesa.)
PILAR. ¡Qué silencio!
ASUNC. Sí; ¡y qué caras!
EUGENIO. Aparte de que lo estimo,
la verdad es que este primo
¡dice unas cosas tan raras!
ASUNC. A mí me irrita.
PILAR. No trates
de acallarlo; es su defecto,
y cuando produce efecto
extrema sus disparates.
MANUEL. Me asombra tanta extrañeza.
¿Qué he dicho en el fondo? ¿A ver?
Que el tío puede tener
quebraderos de cabeza.
(Desasosiego en todos.)
Él no falta á sus deberes,
pero afirmo con verdad,
que está en la mejor edad
para conquistar mujeres.
PILAR. ¡Eh!
ASUNC. ¡Basta!
PABLO. No habléis ninguna.

MANUEL. Ellas la fortuna acechan
y los viejos se aprovechan
del amor á su fortuna.
EUGENIO. No conozco, ni de lejos,
ninguna mujer así.
MANUEL. Pues, amigo, en cambio á mí,
¡me han suplantado más viejos!...
ASUNC. Capítulo de pasiones
con el cual no me entretiene.
PABLO. Otro flaco.
PILAR. Pero tiene
muchas buenas condiciones.
MANUEL. Lo que parece un defecto
es sólo una garantía;
pues, de cansancio, algún día
seré un casado perfecto.
EUGENIO. La receta, por favor;
que estoy muy enamorado,
y al aspirar á casado
pretendo ser el mejor.
PABLO. Las niñas más inocentes
van á ensalzar tu experiencia.
MANUEL. Para la mujer, mi ciencia,
tiene sus inconvenientes.
No se me puede escapar
ni el más leve pensamiento,
pues sé, para mi tormento,
cuanto ella pueda pensar.
El coqueteo más chico
al instante lo reparo,
como que lo dice claro
el juego del abanico.
Y aun cuando pase á mayores,
yo sigo estando al corriente:
sé cómo se habla la gente
en toda clase de amores.
Un tiesto que se remuda,
según forma convenida,
en cada entrada ó salida
dice algo en su lengua muda.
Unas persianas vistosas,
estén abiertas, cerradas,

á medio abrir ó entornadas,
dicen muchísimas cosas.
Un fósforo que se enciende
tras del cristal de un balcón,
dice á quien sufre un plantón
algo que él solo comprende.
Puesta una sábana blanca
como se tiene á secar,
grita á veces: «No hay que entrar.»
y otras dice: «Entrada franca.»
Todo se pone ó se quita
y un pañuelo hace una seña
y un ramo un camino enseña
y un visillo da una cita.
Cualquier tecleo es señal,
y cualquier canto es aviso
que anuncian un paraíso
casi siempre terrenal.
Estos recursos usados
por la noche y por el día,
forman la telegrafía
que usan los enamorados.

EUGENIO. ¡Yo ví en varias ocasiones,
tohallas, sábanas, toquillas,
ví encender muchas cerillas,
ví tiestos en los balcones,
mucha persiana cerrada
y mucho ramo de rosas,
y ninguna de estas cosas
me ha dicho en la vida nada!

PILAR. Porque toda esa elocuencia,
es para los iniciados.

PABLO. Para los hombres gastados.

ASUNC. Para quien tiene experiencia.

MANUEL. (Á Eugenio.)
Ya ve usted: lo echan á broma.

EUGENIO. Yo, por mí, acojo la idea
y cualquier cosa que vea
pensaré que habla ese idioma.

PILAR. Usted, que es hombre formal,
no juzgará de ligero.

MANUEL. Es un refrán verdadero

que acierta quien piensa mal.

ASUNC. Pues se vuelven en tu daño
los frutos de tu lección:
tienes puesta en tu balcón
una sábana de baño,
y ese lienzo en realidad,
según tu modo de ver,
da una cita á una mujer
que vive en la vecindad.

MANUEL. Traducido al español,
dice la sábana aquella,
que me he secado con ella
y que la han sacado al sol.
(Juan, que estaba fuera de escena, entra en este momento y Manuel dice dirigiéndose á él.)
Dí tú, ¿quién ha colocado
mi sábana?...

ASUNC. ¡Por supuesto!
¡qué ha de decir...!

JUAN. Yo la he puesto
porque usted me lo ha mandado.

ASUNC. Si estás cogido en tu red.

PABLO. Vamos; no hay que pensar mal.

EUGENIO. (Á Asunción.) ¿De modo que esa señal
no se ha puesto para usted?

ASUNC. No.

EUGENIO. Pues hay correspondencia:
ese tiesto, esa persiana,
dicen en forma galana
que aquí existe inteligencia.

PILAR. ¡Qué disparate!

PABLO. Pensar
mal, es un vicio funesto:
yo he visto sacar el tiesto
y lo ha sacado Pilar.

ROS. (¡Anda!)

JUAN. (Ya se armó el belén.)

ASUNC. Explica el caso si puedes.

PILAR. ¿Pero qué piensan ustedes?

ASUNC. Yo no pienso mal ni bien.

EUGENIO. Pues yo quiero que me diga...

PILAR. De sincerarme no trato.

EUGENIO. Después de lo del retrato,
esto tiene mucha miga.
PABLO. Calma.
EUGENIO. ¿Quién pone cerrojos
al pensamiento?
MANUEL. ¡Aturdido
estoy!
EUGENIO. Pues usted ha sido
quien nos ha abierto los ojos.
PABLO. Calma por unos momentos.
(A Manuel y Pilar que intentan interrumpirle.)
Calla tú. Calla, Pilar.
¿En qué se pueden fundar
esos locos pensamientos?
EUGENIO. Están diciendo que hay gato
encerrado esa persiana,
ese tiesto en la ventana,
la sábana y el retrato.
ASUNC. Yo tengo otro antecedente
aunque no hago inculpaciones,
que son las murmuraciones
que ha tenido ese sirviente.
PILAR. ¡Pero en el mismo sentido!
ASUNC. En el mismo.
MANUEL. ¡Perdulario!
ASUNC. Él las tuvo con Rosario,
y ella las ha repetido.
ROS. Pero negándolo todo.
PABLO. ¡Pues el servidor es fiel!
¡Siendo criado de Manuel
lo calumnia de ese modo!
MANUEL. Pero ven aquí, canalla.
JUAN. Si me pudiera explicar...
ASUNC. Él murmuró de Pilar,
y me llamó á mí pantalla.
EUGENIO. ¡Su mismo criado! ¡Esto es gordo!
PILAR. ¡Es posible que usted crea!...
EUGENIO. ¿Pues quiere usted que yo sea,
si oigo y veo, ciego y sordo?
PABLO. Yo lo hubiera desmentido.
PILAR ¡Dar crédito á un miserable!
JUAN. ¿Dejan los señores que hable?

MANUEL. Habla, porque estás cogido.
JUAN. Nada de lo que he charlado
he dicho que lo creía,
sino que lo pensaría
si yo fuera mal pensado.
MANUEL. (En tono despreciativo.)
¡Bah!
ASUNC. (A Rosario.)
¿No lo afirma?
MANUEL. Pues miente.
PABLO. (A Eugenio y Asunción.)
No piensen mal.
EUGENIO, Bien podemos.
PILAR. ¡Qué embrollo!
MANUEL. Lo aclararemos.
PABLO. La cruz primera en la frente.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO, DON PABLO y JUAN

Ros. Pero señor...
Pablo. Poco á poco.
Ros. Salga usted á mi defensa
diciendo á Juan que si piensa
mal de mí, debe estar loco.
Juan. Y contestaré al señor,
con el respeto debido,
que estoy muy en mi sentido.
Pablo. No me mezclen, por favor,
en nada.
Ros. Si es necesario.
Juan. Yo por ella.
Ros. Y yo por él.
Juan. ¿No ha dicho aquí don Manuel
que usted reza con Rosario?
Pablo. ¡Pues vaya una aplicación
del verbo!
Juan. Él así se explica;
cada cosa significa
lo que quiere la intención.

PABLO. ¿Porque él piense un desatino,
ó porque sin tino hable
he de ser yo responsable
de faltas de mi sobrino?
Me aburro de dar razones:
estense ustedes callados.
¿Quién ha visto á dos criados
pidiéndome explicaciones?

ROS. Ya se ve; porque me pesa
que me quiten el honor.

JUAN. Cuando yo aprieto, señor,
será porque me interesa.

PABLO. ¡Digo, digo! de repente
se han flechado de tal modo,
que aman con celos y todo.

JUAN. Pues como se ama la gente.

PABLO. (Señalándose.)
¡Celos de uno!

ROS. (Imitando la acción.) Sí, con una.

JUAN. ¿No afirma mi señorito
que todo hombre, así entradito
en años, tiene fortuna
con las mujeres?

ROS. (Señalando á don Pablo, y negando con la cabeza.)
Pues él...

JUAN. Yo de malicioso peco.

PABLO. (A Rosario.)
Pero este tonto es un eco
de mi sobrino Manuel.

ROS. Niegue usted.

PABLO. ¿Por qué me estrechas
si ya niego?

JUAN. Y no me ablando,
porque hay veces que negando
se confirman las sospechas.

PABLO. Pues bueno: á la obligación,
anda tú, que vaya usté:
á ver si está hecho el café,
á servirlo y conclusión.

ROS. Se hará lo que el señor pida;
pero estando tan furiosos
de irritados y nerviosos,

nadie querrá esa bebida.
Doña Pilar, encerrada
se encuentra en su habitación;
la señorita Asunción
también, con la llave echada.
Don Manuel se marchó fuera
después de hablar sin empacho,
y el otro está en el despacho
andando como una fiera.

PABLO. Yo solo quiero tomar
el café: lo necesito;
á ver si por fin me irrito
y lo echo todo á rodar.
Conque á llamar á la gente,
á todos los que hay en casa
á ver si el chubasco pasa,
ó si...

ESCENA II

DICHOS y ASUNCIÓN

ASUNC. Yo estoy ya presente.

PABLO. Pues bien; tú llamas al vuelo
á don Eugenio, á Pilar...
y usté á servir y á callar.

JUAN. (Aparte á Rosario.)
¡Le habla á usted de tú el abuelo!
(Rosario y Juan salen de escena disputando.)

ESCENA III

DON PABLO y ASUNCIÓN

ASUNC. ¿Ha visto usted?

PABLO. Con franqueza,
no entiendo lo sucedido,
si no está el diablo metido
dentro de vuestra cabeza.

ASUNC. Es muy grande la traición:

ni me ofusco, ni exagero.
¡Qué diablo! El infierno entero
llevo en la imaginación.

PABLO. Á Pilar hieren tus dudas.

ASUNC. Son realidad.

PABLO. Como quieras.

ASUNC. Siempre han de ser las solteras
las víctimas de las viudas.

PABLO. ¿Qué víctima ó qué verdugo
hay aquí? Si aquí no hay nada
más que gente trastornada
por un cerebro sin jugo.
¿Tú dudas de que Pilar
te quiere?

ASUNC. Sí, muy sincera
diciendo «quien bien te quiera
será quien te haga llorar.»

PABLO. Cuando tú la has ofendido
me acababa de decir,
que es triste tu porvenir
sin parientes, sin marido.

ASUNC. ¡Pues ya se vé que me quiere!
¿De manera que sabía
que yo no me casaría
con Manuel?

PABLO. Ella lo infiere,
porque conoce la escasa
fijeza de mi señor
sobrino, que hoy siente amor
y mañana se le pasa.

ASUNC. ¡Ella sabe!...

PABLO. Hay un microbio
de los celos.

ASUNC. Se clavó.

PABLO. Lo mismo que lo sé yo
y nunca ha sido mi novio.

ASUNC. Si en nuestra misma presencia
se han hablado en lengua muda
Pilar y Manuel, ¿quién duda
de su amante inteligencia?
Otra cosa es bobería,
y á ser boba me resisto;

parece que no hemos visto
toda esta telegrafía.
Si el hombre es siempre un ingrato,
un traidor, un embustero:
vamos, lo que no digiero,
es la farsa del retrato.

PABLO. Manuel, que es muy dadivoso...

ASUNC. Me consideró una lela
y me ofreció la acuarela
como un *trágala* amoroso.

PABLO. No lo entiendo.

ASUNC. Que quería
que yo tuviese colgada
en mi cuarto á su adorada
para verla noche y día.

PABLO. ¡Jesús, cuánto disparate!

ASUNC. Á esto no hay que contestar.

PABLO. Ó estás tú loca de atar
ó soy tonto de remate.

ESCENA IV

DICHOS y EUGENIO

EUGENIO. Perdone usted si he faltado;
porque ahora caigo en la cuenta,
de que mi actitud es brusca
para estar en casa agena;
pero, don Pablo, no puedo
sobrellevar con paciencia,
que se engañe á un hombre honrado
de mi facha y de mi fecha.
¡Sentir el primer amor,
amar con el alma entera
y encontrarse!... no, no sigo;
que se me puede ir la lengua,
porque todas estas cosas
me están dando tantas vueltas,
que parece mi cerebro
una gran devanadera
donde giran el visillo,

la persiana, la maceta,
y los demás cachivaches
conque en mútua inteligencia
mi prometida y su primo
se han hecho, en mis barbas, señas.

PABLO. Don Eugenio, por favor,
sujete usted su elocuencia,
ó yo mismo pensaré,
aunque pensarlo me duela,
que hay algún fondo en las cosas
que se han dicho en esta mesa.

EUGENIO. Cuando á uno le abren los ojos
no hay más que ver la evidencia.

PABLO. Pues cuando la luz deslumbra,
quien más mira más se ciega.

ASUNC. Hace un calor sofocante. (*Abre el balcón.*)

EUGENIO. ¡Eh! ¿Quién abre la vidriera?

PABLO. Es Asunción y esa puede
(*Riéndose de los celos de Eugenio.*)
hacer lo que le convenga.

EUGENIO. No encuentro digno de burla
el que á un hombre le parezcan
los dedos huéspedes, cuando
tienen sus recelos pruebas.

ESCENA V

DICHOS y JUAN

JUAN. ¡El café!

EUGENIO. Venga una taza,
á ver si estallan las cuerdas
de mis nervios.

PABLO. Otra á mí.

ASUNC. Pues deme usted la tercera.
Vamos, les serviré á ustedes.

JUAN. Licores. ¿Ron ó aniseta?

PABLO. Ron para los tres, y corra
su fuego por nuestras venas.
¿Y Rosario?

JUAN. Fué á traerse
á doña Pilar.

PABLO. Que venga.
JUAN. ¿La señorita ó Rosario?
PABLO. La señorita.

ESCENA VI

ASUNCIÓN, DON PABLO y EUGENIO

PABLO. (Á Eugenio.) ¡Babieca!
También éste anda celoso
de mí: esto es una epidemia.
EUGENIO. Pues sus motivos tendrá
el hombre cuando se encela.
ASUNC. ¡De don Pablo!
EUGENIO. ¿Usted qué sabe?
ASUNC. Nada.
EUGENIO. Pues no le defienda;
porque se ven muchos chascos.
ASUNC. Tratándose de otra esfera...
PABLO. ¡Pero yo con la criada!...
¡Don Eugenio!
EUGENIO. Con quien sea:
si creo que ya no existe
más tonto que yo en la tierra.

ESCENA VII

DICHOS y MANUEL

MANUEL. ¿Puedo pasar?
PABLO. Adelante.
ASUNC. Haré á usted una fineza: (Á Eugenio.)
un terroncito de azúcar
mojado en ron.
MANUEL. (A Pablo.) ¡Coquetean!
ASUNC. Lo he cogido con los dedos.
EUGENIO. Más dulce será la mezcla.
MANUEL. Que aproveche.
EUGENIO. Muchas gracias.
PABLO. Van á enzarzarse. (Á Asunción.)
MANUEL. ¡Usted era

el que en asuntos de amores
estaba en primeras letras!...
Pues hombre, va usted leyendo
de corrido.

ASUNC. Si le enseñan
¿qué ha de hacer? aprovechar
la lección.

MANUEL. ¡Buena maestra!

ASUNC. ¿Quién? ¡Yo! Sí, aquí el catedrático
eres tú.

EUGENIO. ¡Bien estuviera
que habiéndonos ofendido
viniese á pedirnos cuentas!

MANUEL. Todos los cargos de ustedes
se fundan sólo en quimeras;
yo, en cambio, he visto á mi novia
muy tierna, pero muy tierna
con usted.

PABLO. (Poniendo paz.) ¡Por Dios!

ASUNC. (Á don Pablo.) (¡Que rabie!)

MANUEL. (Dirigiéndose á Eugenio y señalando á Asunción.)
Ya ve usted que no lo niega.

EUGENIO. En estas cosas de amores
es malo sembrar la idea
porque, á veces, da su fruto...

MANUEL. Si está labrada la tierra. (Á don Pablo.)
¡El hombre no sabe nada!

EUGENIO. No es decir que yo lo sepa
de antes; pero en este caso
ya ve usted, ni yo ni ella
encontrábamos salida,
y usted nos abre una puerta:
sí señor, yo estoy resuelto.
¡Como Asunción me quisiera!

PABLO. ¡Pero hombre!

ASUNC. Dice muy bien;
el ofendido se venga.

EUGENIO. (A don Pablo.) Yo, porque Pilar se encele.

ASUNC. (Id.) Yo, porque Manuel padezca.

PABLO. Calma, calma.

MANUEL. Son muy nobles.
Alabemos su franqueza.

EUGENIO. Lo dicho.
ASUNC. Adelante.
PABLO. Así
no se hacen las cosas serias.
¡Parecen ustedes niños!
MANUEL. ¡Niños! ¡Con más experiencia!
EUGENIO. El amor es niño siempre.
ASUNC. Y hace las cosas á ciegas.
MANUEL. Y tiene alas y por eso,
cuando menos corre, vuela.
EUGENIO. Esto es tomar la revancha.
MANUEL. Tome usted lo que usted quiera:
por mi parte, ni me opongo
ni le doy la enhorabuena.
¿A qué entablar ningún pleito
por una mujer veleta?
Hace un rato, me adoraba;
ahora por otro me deja...
La mujer que en su cariño
tiene tan poca firmeza,
que toma y deja á los hombres
sin mirar las consecuencias,
ni halaga al hombre á quien toma,
ni humilla al hombre á quien deja:
los dos seguirán lo mismo
después de la competencia,
pues cariño de persona
tan voluble y tan coqueta,
nada ofrece al que lo gane,
nada quita al que lo pierda.
ASUNC. ¡Me insulta!
EUGENIO. Pues yo declaro
que me halaga que me quiera,
si es cierto...
PABLO. Pero, señores,
más recato y más prudencia. (A Eugenio.)
Atornille usted su amor,
parecido á una botella
de champagne, que destapado
se va si no hay quien lo beba:
y vosotros, tened calma,
callad, sujetad la lengua:

yo sé muy bien que los novios
se ponen de vuelta y media
muchas veces; pero á solas
y sin que nadie intervenga
en sus cuestiones, de modo
que después de las peleas
hacen las paces y, á solas,
con su cariño, se arreglan.

MANUEL. Pero eso aquí es imposible.

ASUNC. ¿Quién pide paz? Haya guerra.

MANUEL. Me ha puesto á un hombre delante
para que renuncie á verla.

ASUNC. Él entre los dos ha puesto
á otra mujer por barrera.

PABLO. El amor salta por todo.

MANUEL. Le han roto á mi amor las piernas

ASUNC. Pues el mío está muy ágil
para huir de quien le ofenda.

MANUEL. Si es nuestra separación...

ASUNC. Justa.

MANUEL. Irremediable.

ASUNC. Eterna.

MANUEL. No volvamos á encontrarnos.

ASUNC. Cada cual por una puerta.

MANUEL. Hasta nunca.

ASUNC. Para siempre.

MANUEL. Yo por ésta.

ASUNC. Y yo por ésta.

(Se marcha cada uno por la puerta que halla más próxima, dando un portazo á su salida.)

ESCENA VIII

DON PABLO y EUGENIO

PABLO. ¡Se viene abajo la casa!

EUGENIO. (Llevándose con desesperación las manos á la cabeza.)
¡Que se hunda y nos coja á todos!

PABLO. Pero hombre, usted se propasa.

EUGENIO. Dispense mis malos modos.

PABLO. No hay que arrancarse los pelos.

EUGENIO. Andamos desesperados
todos; sí señor, los celos
son siempre mal educados.

PABLO. Si á Pilar con Asunción
reemplaza usted, ¿qué pesares?...

EUGENIO. ¿Y Pilar? (Sintiendo perderla.)

PABLO. ¡Calaverón!
¡Las quiere tener á pares!

EUGENIO. Ó se aclara, ó se embrutece
con estas cosas mi instinto;
á mí mismo me parece
que soy un hombre distinto.
Acuden á mi memoria
mis recuerdos en montón,
y, donde hallaba mi gloria,
miro mi condenación.
Si pongo á una frase suelta
un amante comentario,
al darle después la vuelta
me resulta lo contrario.
Conocido ya el amor,
mi alma necesita amar,
y, amando, siente el temor
de que la van á engañar.
Y el temor éste al engaño
me tiene... como usted vé.
¡Ay! Me han hecho mucho daño
arrancándome la fé.

PABLO. Aunque usted se desespera,
á mí ni pizca me apura;
la fé, cuando es verdadera,
es muy firme y es muy dura.
Pero, por lo que se vé,
en asuntos de mujeres,
usté ha tenido la fé
prendida con alfileres.

ESCENA IX

PABLO, EUGENIO y PILAR

PILAR. (A don Pablo.)
Me han dicho que usted me llama.
PABLO. Y siento que hayas venido;
porque este señor se inflama...
y yo pierdo ya el sentido.
PILAR. Me marcharé.
EUGENIO. No, señora;
quédese usted, Asunción,
digo, Pilar.
PABLO. Pues ahora
no me aguanto el chaparrón.
Ningún celoso repara
en hablar, y hablará duro;
y, si el señor se dispara,
me marcho yo del seguro.

ESCENA X

PILAR y EUGENIO

PILAR. Por mí, estaba decidida
á no provocar cuestiones.
EUGENIO. El que cuenta con razones
provoca el choque en seguida.
PILAR. Hable usted.
EUGENIO. No; que usted es
quien debe una explicación.
PILAR. Este hombre, en su obcecación,
lo entiende todo al revés.
EUGENIO. Se disculpa el que ha faltado
con quien padece ofendido.
PILAR. Pero el que no ha delinquido
está siempre disculpado;
y puesto que usted aquí
de mí se atrevió á dudar,
se debe usted disculpar

de haberme ofendido á mí.

EUGENIO. No es el recurso mejor,
aunque de uso muy frecuente,
apropiarse el delincuente
el papel de acusador.

PILAR. Mi altivéz no le tolera
esos cargos ofensivos.

EUGENIO. Es que me sobran motivos
para hablar de esta manera.
Me causan muchos enojos
mi inquietud y mi recelo;
pero ya no tengo el velo
que me tapaba los ojos.
La indiferencia de usted
y sus precauciones, eran
rubores de que la vieran
tenderme su amante red.
Aquel disimulo extraño
que á mi pasión imponía,
era la envoltura fría
de su meditado engaño.
Ya el engaño conocido,
recuerdo todas sus fases;
ya las estudiadas frases
me revelan su sentido.
Oigo decir, al compás
de mis expansiones raras:
Detesto esas formas claras,
que yo no usaré jamás.
Escucho constantemente
responder á mi efusión:
Cualquier rasgo de pasión
es un alarde imprudente.
Y me suena en la conciencia
con un sarcasmo terrible,
esta burla inconcebible,
á mi amorosa inocencia:
«Una mirada, un flor,
que pasan inadvertidas,
pueden llevar escondidas
muchas palabras de amor.»
¡Cuántas frases, cuántas flores,

que no escuché y que no ví,
se habrán cruzado ante mí,
ofendiendo mis amores!
Castigo de mi alma tarda,
por ser usted la primera
á quien se la daba entera,
con todo el amor que guarda.

PILAR. ¡Tanta ofensa con tan poco
motivo! ¿Qué es lo que oculta?...
Yo no sé si quien me insulta
es un infame ó un loco.
Con tanto afán, adultera
la verdad, en contra mía,
que yo le despreciaría,
si no le compadeciera.

EUGENIO. ¡Pero usted no se defiende!

PILAR. ¿Quiere usted, en su locura,
que me coloque á la altura
de quien, sin razón, me ofende?
Yo sé que la ceguedad
del delirio de un celoso,
al rasgo más generoso
le da formas de maldad:
y, como los celos son
hijos del amor, la ofensa
que ellos hacen, se dispensa,
por nacer de la pasión.

EUGENIO. Pero, quien la ofensa siente,
habla, cuestiona, replica,
con verdad su caso explica
y, si se le apura, miente.

PILAR. Á esos extremos no voy,
por más que usted no me crea
eso es pedir que yo sea
como piensa usted que soy.

ESCENA XI

DICHOS y ASUNCIÓN

EUGENIO. Es... (Replicando á Pilar.)
PILAR. Calle usted.
(Quedo á Eugenio, viendo entrar á Asunción.)
ASUNC. Hoy no puedo
parar en ninguna parte.
(Reparando en Pilar y en Eugenio.)
¿Estaban ustedes juntos?
PILAR. No es para que así te extrañe...
Por más que yo no quería
hablar con él, ni con nadie.
EUGENIO. No hay nada nuevo: seguimos
conforme estábamos antes.
PILAR. ¿Usted tiene que dar cuenta
de sus actos?
EUGENIO. Me complace
que sepan que yo no caigo
en ciertas debilidades.
PILAR. No vuelva usted á su tema
ni á repetir ciertas frases
que no he de escuchar, habiendo
otra persona delante.
ASUNC. Estando aquí esta persona...
yo soy, sin duda, ese nadie
con quien no quieres hablar,
y á quien hablas con tal aire
de despego, que parece...
PILAR. Calla, Asunción, no te exaltes.
ASUNC. Si yo no tuviera calma...
EUGENIO. Más vale callar.
ASUNC. Más vale;
pero es á mí á quien le sobran
motivos para quejarse.
PILAR. ¿Qué motivos? ¡Si los míos
no fueran mucho más grandes!
ASUNC. Dílos.
PILAR. ¿Tú no reconoces

las ofensas que me haces?

ASUNC. Las mismas que Eugenio.

EUGENIO. Es claro.

PILAR. Nunca pueden ser iguales
sus ofensas y las tuyas:
á él ha debido cegarle
su pasión, y tú no tienes
esa ceguedad amante.

EUGENIO. Ahora es cuando abro los ojos,
mejor dicho, me los abren...
entre usted y su...

PILAR. (Imponiéndose á Eugenio.) Silencio.

ASUNC. Lo mismo que descolgarse
conque es falta de cariño
la causa de mis pesares.

PILAR. ¿No? Pues si tú me quisieras,
¿cómo ibas á imaginarte...
todo lo que te imaginas,
que, sobre ser mucho, es grave?

ASUNC. Poco á poco: yo no creo
más que la segunda parte.

PILAR. ¿Qué tal será la primera?

EUGENIO. Pues yo...

PILAR. He dicho que se calle.

ASUNC. Una mujer viuda puede
tener ciertas libertades...

PILAR. Soltera, casada y viuda,
y de pequeña y de grande,
tu cuñada siempre ha sido
una mujer respetable.

ASUNC. Pues con todo ese respeto
que mereces se te trate.
te diré que te has portado
conmigo de un modo infame.

PILAR. ¡Asunción!

ASUNC. ¡Si tú no tienes
nada porque abochornarte!...

PILAR. ¡Yo!

ASUNC. Sí. ¿Cómo no has venido
á deshacer con verdades
todas las falsas ideas
conque he podido culparte?

PILAR. Porque una mujer celosa
con nada se satisface,
y se agrandan sus errores
conforme se les combate.

ASUNC. Vamos.

PILAR. Todo lo traduce
en la forma que le place.
Si la acusada se indigna
y calla, por no humillarse,
es que su lengua enmudece
sujeta por sus maldades.
Si la indignación la lleva
á contestar los ultrajes,
es que ocultas sus engaños
con estudiados disfraces.
Si toma á risa la ofensa,
es por un cínico alarde:
si se desespera y llora,
es bajeza de carácter.
De forma que los celosos,
porque ella y él son iguales,
(Señalando á Asunción y Eugenio)
llegan á ser en la vida
dos tipos insoportables;
y quien siente sus pinchazos,
se debe mostrar muy grande
y maldecir de sus celos,
y dejar que se les pasen.

ESCENA XII

DICHOS y MANUEL

MANUEL. (A Pilar.)
¿Te defiendes?

PILAR. Si recelan
de las más simples acciones.

MANUEL. No les des explicaciones:
ellos solos se consuelan.

PILAR. ¿Cómo?

EUGENIO. (A Asunción y señalando á Manuel.)

Se marchó, y me choca
que vuelva.

ASUNC. No se á qué viene.

MANUEL. (A Pilar.)
Ya ves, como les conviene,
quieren taparme la boca.

PILAR. Pues habla.

MANUEL. Esta señorita,
y este señor tan formal,
han hecho una farsa tal
que te ofende y que me irrita:
fingiéndose los celosos
se han unido enamorados,
para dejarnos burlados
y quedarse victoriosos.

EUGENIO. Eso no es así.

ASUNC. Estoy pronta
á explicar...

EUGENIO. Lo que desee.

PILAR. ¡Imposible!

ASUNC. (Á Manuel.) No lo cree
Pilar.

MANUEL. Porque es una tonta.

PILAR. (Á Asunción y Eugenio.)
¿Pero en qué se halla fundada
su afirmación? Él no es loco.
¿Hay algo?...

MANUEL. Sí.

EUGENIO. Pero poco.

MANUEL. Pero mucho.

ASUNC. Pero nada.

MANUEL. ¿Que no es cierto lo que digo?

EUGENIO. No.

ASUNC. No.

PILAR. Nadie se conforma.

EUGENIO. Ni en el fondo ni en la forma.

ASUNC. Nadie.

MANUEL. ¡Que traigo un testigo!
Don Pablo: un hombre de arraigo.

PILAR. ¿Sí?

MANUEL. Que la verdad sostenga.

EUGENIO. Pues que venga.

ASUNC. Sí: que venga.

MANUEL. (Á Eugenio y Asunción, amenazándoles.)
Pues lo traigo; sí, lo traigo.

ESCENA XIII

PILAR, ASUNCIÓN y EUGENIO

ASUNC. (Á Pilar, justificándose.)
Porque... una cosa es que, al ver
en un novio una mudanza,
ardiendo en sed de venganza,
se revuelva una mujer...

PILAR. ¿De modo?...

ASUNC. Y es otra acción
tener un plan combinado,
muy oculto y muy callado
hasta encontrar la ocasión.

PILAR. (Dejando á Asunción y pidiendo cuentas á Eugenio.)
¡Y usted!...

EUGENIO. ¿No hay más que burlar
á un hombre de esta manera?
Haga yo aquí lo que quiera,
estoy muy en mi lugar.
Me encuentro muy libre ahora
para expresar mi pasión
á su cuñada Asunción
ó á cualquier otra señora.
Y voy á ser un marido
como toda mujer quiere,
sólo porque usted se entere
del hombre que se ha perdido.

PILAR. (Señalando á Asunción.)
Por vengarse de Manuel,
(Dirigiéndose á Eugenio.)
ó por ofenderme á mí, (A los dos.)
resulta del hecho en sí
que ninguno ha sido fiel.
¡Vaya una buena partida!
¡Y los dos cantan muy claro!
¡No he visto mayor descaro
ni espero verlo en mi vida!

ESCENA XIV

DICHOS, DON PABLO y MANUEL

Al ver Pilar á don Pablo y á Manuel, se dirige á ellos diciendo:

PILAR. No hay que meterse en careos:
ya confiesan, por mitad,
toda su infidelidad
sin considerarse reos.

MANUEL. Su descaro es inaudito:
como iba usted á venir
y los iba á confundir,
han declarado el delito.

EUGENIO. Está exagerando un hecho
que es de usted bien conocido.

ASUNC. Nosotros no hemos tenido
más que rasgos de despecho.

MANUEL. ¿Qué despecho?

PILAR. Yo la tacho
porque ella misma confiesa.

MANUEL. ¡Qué despecho! ¡Buena es esa!
Lo que tienes tú es despacho.

PILAR. (Á Asunción.) Te ruego que esta vez abras,
como antes tu corazón, (A don Pablo.)
porque hago su acusación
fundándome en sus palabras.

ASUNC. (A don Pablo.)
Como ellos son muy prudentes
y callan muy satisfechos...

EUGENIO. No las palabras, los hechos
son aquí los elocuentes.

PABLO. Si no me dejan hablar
¿por qué se acuerdan de mí?
¿qué puedo yo hacer aquí?
¿á quién debo contestar?

ASUNC. Nadie tiene la prudencia
que á nosotros nos exigen.

EUGENIO. Recuerde usted el origen

que ha tenido esta pendencia,
PILAR. No, la razón nuestra es.
ASUNC. Que me haga justicia espero.
EUGENIO. (A Pilar.) Usted me faltó primero.
MANUEL. (Á Eugenio.) Y usted nos sobró después.
PABLO. Huyamos de la cuestión
entre hombres: que no se entable.
MANUEL. No; si el señor no es culpable.
EUGENIO. Soy de la misma opinión.
MANUEL. El hombre está á la que salta.
ASUNC. (A Manuel.) Sí; como tú.
PILAR. (A Eugenio.) Hola, hola.
MANUEL. La mujer, la mujer sola
es quien comete la falta.
PILAR. (A Eugenio.) El hombre, no.
ASUNC. (A Manuel.) ¡Gran sentencia!
PILAR. (A Eugenio.) Debe usted ser seductor.
ASUNC. (A Manuel.) Puedes hacer el amor
á una viuda en mi presencia.
PILAR. (Á Asunción.) ¿Ya vuelves á tus extremos?
ASUNC. Yo estoy en la realidad.
MANUEL. ¿Tú?
EUGENIO. ¿Que no?
PABLO. Por caridad;
á ver si nos entendemos.
Soy aquí testigo y juez
de un pleito en que abogan todos,
y, charlando por los codos,
mienten todos á la vez.
ASUNC. / EUG. } Pues nosotros no mentimos.
PILAR. / MANUEL } Ni nosotros.
PABLO. ¿No?
MANUEL. Fué aquí.
PILAR. Me lo han dicho.
MANUEL. Yo lo ví.
ASUNC. ¡Qué de acuerdo están los primos!
PILAR. Me lo dísteis á entender.
MANUEL. Con descoco.
PILAR. Y sin temor.
MANUEL. Asunción le hizo el amor.

PILAR. Pero él se dejó querer.
PABLO. Con esas acusaciones,
vosotros vais á acabar
por llevarlos al altar
y echarles las bendiciones.
MANUEL. ¡Casarse!
PABLO. ¡Pero, por Dios!
PILAR. ¡Con él!
MANUEL. ¿A que no se casa?
PILAR. Ya veremos, si eso pasa,
quién pierde más de los dos.
ASUNC. Hasta aquí nada he perdido;
pues según tu profecía,
tu primo no llegaría
á ser nunca mi marido.
MANUEL. ¿Quién ha dicho eso?
ASUNC. Don Pablo,
que se lo escuchó á Pilar.
PILAR. Si te empeñas en sacar
jugo á todo cuanto hablo...
EUGENIO. Ella raciocina en frío.
PILAR. Á pensar como ella piensa
pudiera ponerse en prensa
la contestación del tío,
que, aun cuando no es su pariente,
si ella no muda de estado,
la conservará á su lado,
aunque critique la gente.
MANUEL. ¡Solos!
PABLO. ¡Seré criminal!
PILAR. Puesto que Asunción murmura,
me coloco yo á su altura
en pensar y en hablar mal.
PABLO. ¿Y por eso me acomodas?...
Como el otro tarambana...
Pues, señor, soy la romana
del diablo que entra con todas.
MANUEL. No, pero usted la proteje.
ASUNC. Y lo debo agradecer.
EUGENIO. Yo no acabo de entender
todo este teje maneje.
ASUNC. Quieren echar á barato

la cuestión; y yo protesto:
volvamos á hablar del tiesto,
la persiana y el retrato.

MANUEL. (Corriendo la persiana.)
Pues ella culpa ha tenido,
con furia la he de correr.

EUGENIO. No; si yo he venido á ser
quien ha quedado corrido.

MANUEL. (Coge el tiesto y lo arroja á la calle.)
¡El tiesto!

PILAR. Manuel, reponte.

MANUEL. También medió en el asunto.

PABLO. (Mirando hacia la calle.)
Pero... ¡Que has estado á punto
de matar á un polizonte!

MANUEL. Ahora el retrato.

PABLO. (Colocándose delante del retrato.) No: aquí
no te acercas.

MANUEL. Sí.

PABLO. Que no:
á éste lo defiendo yo. (Recoje la acuarela.)

ASUNC. (Á Pilar.) Ahora te defiende á tí.

EUGENIO. Si esto es un nuevo detalle
de lo mal que ha procedido,
después que de él se ha servido,
arroja el tiesto á la calle.

PABLO. Calma.

ASUNC. Espreso mi dolor:
sin importársele nada,
me ha quitado mi cuñada,
mi porvenir y mi amor.

PABLO. No...

PILAR. Se queja de ese modo
quien falta con claridad
al cariño, á la amistad,
al parentesco y á todo.

PABLO. Pero...

MANUEL. Yo estoy asombrado,
puesto que era el maldiciente
y resulto el más prudente,
el más justo, el más callado.

PABLO. (Volviéndose hacia una puerta.) ¿Quién?...

ESCENA XV

DICHOS y ROSARIO que entra precipitadamente, cerrando tras de sí la puerta.

ROS. Ese hombre, hecho una furia,
me persigue por la casa,
y á veces, se me propasa,
y en ocasiones, me injuria.

PABLO. No entren aquí.

ESCENA XVI

DICHOS y JUAN por otra puerta.

JUAN. Esa mujer
es, señor, mi perdición:
yo le doy mi corazón
y desprecia mi querer.

ASUNC. y PILAR. (Dirigiéndose cada una á su cada uno.)
¡Si los hombres son los seres
que producen más quebrantos!

MANUEL y EUGENIO. (Dirigiéndose cada uno á su cada una.)
Los hombres son unos santos,
las malas son las mujeres.
(Todos los personajes dicen á la vez las redondillas siguientes.)

EUGENIO. ¡Yo que de entusiasmo lleno
dí á esa mujer mi alma entera!
¡Me ha engañado la primera!
¡He tenido buen estreno!

MANUEL. ¡Ah, tipos engañadores!
Ninguna á la otra es igual.
¡Aunque se las juzgue mal,
siempre son ellas peores!

PILAR. El hombre de más pasión
es un engaño viviente:
si hay alguno consecuente,
es por falta de ocasión.

ASUNC. Al hombre no se le alcanza

que toda mujer herida,
cuando se siente ofendida
tenga instintos de venganza.

PABLO. Alguna menos malicia.
No tanta murmuración.
Un destello de razón.
Un poco más de justicia.

ROS. En mi tierra, el hombre fía
en la mujer á quien quiere.

JUAN. Será porque no se entere
de toda su hipocresía.

PABLO. ¡Toda esta gente está loca!

ASUNC.
PILAR. } ¡Nunca!
ROS.

MANUEL.
EUGENIO. } ¡Nunca!
JUAN.

PABLO. No habléis más.

TODOS menos PABLO. ¡Jamás, jamás y jamás!

PABLO. (Imponiendo silencio.)
¡Eh!... La segunda en la boca.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DON PABLO y ROSARIO

Don Pablo en traje de casa se dispone á tomar el chocolate que le sirve Rosario.

ROS. ¿Coloco aquí la bandeja?
PABLO. Me sentaré en otro lado:
más cerca de la ventana,
aquí, en el sitio más ancho.
(Se sienta en una butaca que habrá en primer término.)
Pónme una mesa volante,
de esas que están estorbando
por la casa: alguna vez
han de servir esos trastos.
ROS. (Ha dejado la bandeja sobre la mesa del centro del comedor, y coge de un rincón de la escena una mesita que coloca delante á don Pablo.)
Debe el señor dispensar
que ha salido un poco claro
el chocolate.
PABLO. No importa:

ya sabes que no regaño
por eso.

ROS. No, ni por nada,
el señor parece un santo.
(Trae á la mesita la bandeja en donde habrá todo lo necesario para tomar el chocolate.)

PABLO. ¿No vienen las señoritas?

ROS. Si ya se han desayunado,
cada una en su habitación,
después de salir del baño.

PABLO. Está hirviendo el chocolate,
si me descuído me abraso.

ROS. (Sirviéndole agua.)
El chocolate ha de estar
caliente.

PABLO. Pero no tanto.

ROS. El agua de aquí es muy rica.

PABLO. No me llenes mucho el vaso.
Ya no necesito nada:
vuelve aquí dentro de un rato.

ROS. (Sin querer marcharse.)
Bueno... bien... como usted mande...
yo me esperaba...

PABLO. Rosario,
estás dando muchas vueltas:
tú tienes que decir algo
y no te atreves.

ROS. No puedo
disimular.

PABLO. Sal del paso.

ROS. El señor me tiene dicho
que va á tomar un criado...

PABLO. Si lo encontrara aceptable.
¡Está el servicio tan malo!

ROS. Pues hay uno...

PABLO. Concluyeras.
¿Tú tienes un candidato?
Pero en Madrid no conoces...
¿Será algún zaragozano?

ROS. Es... Juan.

PABLO. ¿Qué Juan? ¡Ah! ¡Demonio!

ROS. Que al pobre lo ha despachado

don Manuel.

PABLO. Y muy bien hecho.

ROS. No señor, pues no es tan malo
como usted piensa: anda el pobre
sin querer salir del barrio...

PABLO. Él nos embrolló la casa
viniendo aquí de prestado;
conque si entra en posesión...
Dios nos tenga de su mano.

ROS. Él me ha dicho...

PABLO. Bien se advierte
que te ha revuelto los cascos.

ROS. Estando aquí... me trataba...

PABLO. No me gustan esos tratos.
¡Tú y él juntos! Ya lo he dicho:
yo no tolero ese escándalo.

ROS. Ahora, en mi contra, resulta
el señor muy mal pensado,
y ni Juan ni yo queremos
nada que no sea...

PABLO. ¡Cándido!
De tí no digo; pero él
debe ser lo más lagarto...

ROS. Pues, con buenas intenciones,
me ha referido mil casos
de sirvientes compañeros
que, en la casa de sus amos,
principiaron por ser novios,
y que después se casaron.

PABLO. Yo no admito esos ejemplos
y no tomo esos criados.

ROS. Pero señor...

PABLO. No repliques:
á fuerza de escuchar tantos
disparates, os halláis
dispuestos á ejecutarlos:
ya no veis peligro en nada;
ya lo encontráis todo llano,
y procedéis sin saber
lo que es bueno y lo que es malo.

ROS. Si usted ve en esto peligro...

PABLO. Lo habrá, puesto que lo atajo.

ESCENA II

DICHOS y MANUEL que entra como de la calle en traje de mañana.

MANUEL. ¡Ya están ustedes riñendo!
Empieza desde temprano
la función. Muy buenos días.
PABLO. Buenos los tengas.
MANUEL. ¿Hay algo
de nuevo?
PABLO. No. Esta pretende
que yo reciba á ese zángano
que tú has despedido.
MANUEL. Miren
qué protectora ha buscado.
La misma que se ofendió
conmigo, porque ví claro.
ROS. De lo que hay á lo que usted
pensó, median muchos pasos.
MANUEL. ¿Sí? Pues él es andariego.
ROS. Ya procuro yo pararlo.
PABLO. No se hable más del asunto
y recoge estos cacharros.
ROS. (Arreglando la bandeja para llevársela.)
Si el señorito Manuel
le perdonara... Es honrado...
y agradece el pan que come...
y no le duele el trabajo.
MANUEL. Y además, usted y él
andan muy enamorados...
Pues mire usted, la verdad
es que ese pobre muchacho
pagó las culpas de todos.
ROS. Lo que yo le digo al amo...
MANUEL. Bueno: que vuelva á mi casa
y lo pasado, pasado.
ROS. Voy á decírselo al punto.
MANUEL. ¿Lo tiene usted tan á mano?
ROS. Está en la tienda de enfrente,

conque... me asomo y lo llamo.
PABLO. Sí. Pero que no entre en casa,
porque volverá á enzarzarnos.

ESCENA III

DON PABLO y MANUEL

PABLO. ¿Se calmó el furor?
MANUEL. Aún arde.
PABLO. ¿Ni la noche lo ha dormido?
MANUEL. Estoy más enfurecido
que me retiré ayer tarde.
PABLO. En apariencia te encuentro
más tranquilo, más calmado.
MANUEL. Pues por dentro estoy quemado:
el incendio está por dentro.
Y ya no pienso en buscar
escenas de explicaciones:
ya no hay recriminaciones:
mi papel está en callar.
Callar; pero proceder
con astucia y con amaño...
Le voy á hacer todo el daño
que yo pueda á esa mujer.
PABLO. Eso de tí no lo espero:
ni lo piensas, ni lo quieres.
El deber de los deberes
del hombre es ser caballero.
MANUEL. ¿No es la senda del honor?
Pues, sin embargo, la sigo:
Sin duda que ella conmigo
lleva un camino mejor.
PABLO. Es...
MANUEL. Todo lo que usted quiera;
pero es cosa decidida:
mientras que yo tenga vida
ella se queda soltera.
PABLO. ¡Hombre!
MANUEL. Con mil incidentes
cualquier boda he de estorbar;
voy, si es preciso, á matar

á todos sus pretendientes.

PABLO. Amor es este arrebato.

MANUEL. ¿Amor? Mi alma está tranquila;
pero tiene usted pupila
en su casa para un rato.

ESCENA IV

DICHOS y ASUNCIÓN

PABLO. (Á Manuel.) ¡Ella aquí! ¡Juntos los dos!

MANUEL. (Á don Pablo.) Pues va usted á ver ahora.
(Pasa por delante de Asunción, la saluda muy ceremoniosamente y sale de escena.)
Á los piés de usted, señora.

ASUNC. (También con mucha sequedad.)
Beso á usted su mano.

PABLO. (Á Manuel, desde lejos.) ¡Adiós!

ESCENA V

ASUNCIÓN y DON PABLO

ASUNC. (Mirando hacia la puerta por donde ha salido Manuel.)
Aunque me muera, estoy firme.

PABLO. ¿Cómo te encuentras?

ASUNC. Mediana:
á las seis de la mañana
he conseguido dormirme.

PABLO. (En tono un tanto burlón.)
Cuando se tiene una pena
las noches son espantosas.

ASUNC. ¡He pensado tantas cosas!...
¡Tantas!

PABLO. ¿Y ninguna buena?

ASUNC. (Sentándose.) Me encuentro muy abatida.

PABLO. ¿Hablas con sinceridad?

ASUNC. ¿No ve usted la soledad
en que he de pasar mi vida?

PABLO. No.

ASUNC. Su sobrino Manuel
para mí ya... es un difunto.

PABLO. Pues se le entierra: á otro asunto.
No pensemos más en él.

ASUNC. Furiosa está mi cuñada
conmigo; aunque nos hablemos,
ya jamás intimaremos.

PABLO. ¿La damos por enterrada?

ASUNC. ¿Y usted?...

PABLO. No hables necedades:
ni estoy furioso ni esquivo.
Yo me conservo muy vivo
en todas mis amistades.

ASUNC. Ve usted que mi pena existe,
que la explico y que la fundo:
me encuentro sola en el mundo
y por eso estoy muy triste.

PABLO. Dominaste tu mal genio
y ahora te hallas afligida.
¿No estabas muy decidida
á casarte con Eugenio?

ASUNC. Ese era un proyecto loco
y, conforme nació, muere.
Á mí ese hombre no me quiere.

PABLO. Ni tú le quieres tampoco.

ASUNC. No me inspira una pasión;
pero como él me quisiera...
Yo me caso con cualquiera
por salvar mi situación.

PABLO. ¡Sin amantes sentimientos!
¡Con la razón seca y fria!

ASUNC. Así se hacen hoy en día
muchísimos casamientos.

PABLO. No caigas en ese error,
ni con pobre, ni con rico:
por tu bien te lo suplico,
no te cases sin amor.

ASUNC. ¿Y qué debo hacer?

PABLO. Pues nada.
Tú sigues como hasta aquí;
mientras me tengas á mí

no estás tan desamparada.
Mi casa, no es gran merced,
para tí siempre está abierta.

ASUNC. Ya me han cerrado esa puerta
sus dos sobrinos de usted.
Ellos no juzgan prudente
que, solteros como estamos,
solos y juntos vivamos,
sin ser usted mi pariente.

PABLO. Pues esa murmuración
en ningún caso ha de hacer
que á quien debo protejer
le quite mi protección.

ASUNC. Es que...

PABLO. Son ya unos extremos...

ASUNC. Por eso angustiada estoy

PABLO. ¿No somos parientes hoy?
Pues bien; emparentaremos.
Y que la crítica ladre
y muerda y dé un estallido.
Puedo hacerme tu marido
y cuidarte como un padre.
(Arrepintiéndose de lo dicho.)
No me hagas caso, hija mía;
ya ves mi facha y mi edad...
¡Con cuánta facilidad
se dice una tontería!

ASUNC. No; si es una acción honrada:
me ofrece techo y amor
un amigo, un protector
que me ve desamparada.

PABLO. Pero tuve una manera
de ofrecer....

ASUNC. Como un amigo.

PABLO. Vivirás sola conmigo
aun cuando sigas soltera.
(Recordando las murmuraciones)
Tampoco.
(Queriendo salir de su situación embarazosa.)
Busca á Manuel.
Vete á donde esté Pilar.

ASUNC. ¡Quizás los voy á encontrar

juntos!

PABLO. Ponte entre ella y él.

ESCENA VI

DON PABLO

¡Jesús! ¡qué teje y maneje!
¡Vida más embarullada!
Yo ya, ni rezo, ni nada:
me tienen hecho un hereje.
Esta pobre... Á no pensar...
¿Me han dejado este momento?
Pues recojo el pensamiento
á ver si puedo rezar.
(Se sienta en un sillón y principia á signarse, distrayéndose inmediatamente como indica lo escrito.)
Por la señal ... ¡Qué demonio
de muchacha! Me ha exaltado:
¡para que yo haya llegado
á ofrecerme en matrimonio!...
Y ella me oyó muy formal:
ni se frunció su entrecejo
cuando le hablé... Reza, viejo,
Sí, reza... *Por la señal...*
Yo muy bien he procedido:
cuando puedo ser su amparo,
dejarla, por el reparo
de que no soy su marido...
La chica es una belleza:
aun al más viejo le encanta...
De la santa... De la santa...
Reza, viejo, reza, reza.
(Haciendo la señal de la cruz.)
Ya, ni haciendo esta señal
puedo salir de mi apuro:
quiero rezar y murmuro,
me persigno y pienso mal.
Está mi alma empecatada.
Soy muy malo á todas luces.
(Persignándose muy de prisa.)
Las tres cruces, las tres cruces.
Ni pensar, ni hablar, ni nada.

ESCENA VII

DON PABLO y PILAR

PILAR. Buenos días.
PABLO. (Con aspereza.) Buenos días.
PILAR. ¿Cómo se encuentra usted?
PABLO. Bueno.
PILAR. De humor no anda usted muy bien
PABLO. Como que estoy maldiciendo.
PILAR. ¿Maldiciendo?
PABLO. De la suerte
de quien se queda soltero.
Él es siempre en la familia
quien carga con los mochuelos:
si un chico sale soldado,
le libra con su dinero;
si una chica se hace monja,
él es quien le paga el velo:
con él cuentan el cesante
y el forjador de proyectos;
él compra galas de novias,
él salda deudas de juego,
á él acude todo el mundo,
y es, aunque no quiera serlo,
padrino de los que nacen
y enterrador de los muertos.
PILAR. Yo no me explico estas quejas.
PABLO. Pues son, porque ahora me encuentro
con dos mujeres en casa,
digo, no, son tres, si cuento
á Rosario, que también
está aquí con su derecho.
Aparte de tí, sobrina,
que vienes de mi abolengo,
la otra, es hermana de un hombre
de quien mi hermano fué suegro,
y la tercera es biznieta
de un servidor de mi abuelo;
pero, en fin, sois tres muchachas

las que á mi cuidado tengo,
y por las tres me incomodo,
y por las tres me intereso.
De modo que yo, tan libre,
tan desligado y tan suelto,
sin tener hija ninguna,
debo buscarme tres yernos.

PILAR. ¿Ve usted lo que yo le dije?
Ya soy para usted un peso
insoportable, una carga.

PABLO. Ni de cerca, ni de lejos,
he dicho nada que pueda
ofenderte.

PILAR. No me ofendo.

PABLO. Te dejé aparte, marcando
nuestro íntimo parentesco

PILAR. Es verdad; pero yo soy
una de las tres del cuento.

PABLO. Corriente: ya ni contigo
puedo desahogar mi pecho.

PILAR. Usted se queja con causa:
sí señor; y lo que siento
es que se haya hecho imposible
la boda mía en proyecto;
porque usted no ha de querer
que yo me humille ante Eugenio,
y le dé satisfacciones
y le dispense sus yerros.

PABLO. No: si yo no quiero nada.

PILAR. Mire usted... Lo que hacer puedo,
es dejar á Asunción libre
para realizar su empeño
y ayudarla á que se case
con mi novio... y una menos.

PABLO. ¡Pero, Pilar!

PILAR. Otra cosa:
aun cuando yo no congenio
con mi primo, si se lanza,
azuzado por sus celos,
á hacerme el amor, al punto
que se me ofrezca, lo acepto.

PABLO. ¿Pero dónde está tu juicio

y dónde está tu talento?

PILAR. Tanto al uno como al otro
los he de poner en juego
para hacer que tenga usted
la libertad del soltero.

PABLO. Muy bien: yo soy el culpable
de todos estos enredos.
Por solterón egoista,
por tacaño y por perverso,
yo soy quien quiere casaros
contra vuestros sentimientos.

PILAR. No digo...

ESCENA VIII

DICHOS y ASUNCIÓN

PABLO. Aquí está Asunción:
ponte con ella de acuerdo;
hazle entrega de tu novio,
que te dé el suyo en reintegro,
y aquí paz y después gloria,
ó aquí guerra y allá infierno.

ESCENA IX

PILAR y ASUNCIÓN

ASUNC. (Mirando hacia la puerta por donde ha salido don Pablo.)
¡Me ha dejado tan parada!...
(Á Pilar.) No sé lo que debo hacer.

PILAR. Hablarme, como si ayer
no hubiese pasado nada.

ASUNC. Gracias... ¿Y esa irritación
de tu tío?...

PILAR. Esos extremos
son porque ya le tenemos
aburrido... y con razón.
En colocarnos á todas,
él su esperanza veía,
y le irrita que en un día

se hayan deshecho las bodas.

ASUNC. Sí; es triste.

PILAR. Le he prometido
no remover más cuestiones
y dejarte en condiciones
de que te busques marido.
Por mí, que á todo me allano,
no has de quedarte soltera:
como mi novio te quiera
puedes aceptar su mano.

ASUNC. ¡Qué dices! (Contrariada.)

PILAR. Puedes casarte
con él; ya casi lo ansío.

ASUNC. Pero en esto indica el tío
que hay una segunda parte.

PILAR. Si escuchaste su tropel
de frases, ¿qué duda tienes?

ASUNC. ¿De manera que te avienes
á casarte con Manuel?

PILAR. Ignoro si lo haré así;
sólo quiero hacer constar
que yo no te he de estorbar
para nada.

ASUNC. Ni yo á tí.
¿Pero tú no has meditado
que, al proceder de este modo,
confirman tus hechos todo
lo que de tí hemos pensado?

PILAR. ¿Que amaba á Manuel? ¡Error!
Siendo él y yo libres, creo
que era inútil el rodeo
de que él te hiciera el amor.

ASUNC. Eso no está mal urdido.

PILAR. Tú tendrás otras razones...
No me des explicaciones
puesto que no te las pido.
Aquel amante convenio...
Aquel cambio de persona...
ni Manuel te lo perdona,
ni yo lo admito en Eugenio.

ASUNC. Fué locura de un instante,
y ya estoy arrepentida.

PILAR. Pues es punto de partida
para de aquí en adelante.

ASUNC. ¿Y te ha dicho eso?...

PILAR. Manuel.

ASUNC. ¿Le has hablado?

PILAR. Esta mañana.

ASUNC. ¡Conferencia más temprana!
¡Cómo madruga el infiel!

PILAR. ¿Pero á qué quieres que aguarde?

ASUNC. Yo pretendí, por prudencia,
evitar la conferencia,
y nada, he llegado tarde.

PILAR. Conque ya está convenido,
y cada una en su favor
puede aceptar el amor
de que la otra ha prescindido.

ASUNC. Es una baladronada
este cambio.

PILAR. Por mí, no.

ASUNC. ¿No ves que ni tú ni yo
podemos cedernos nada?
¿Si con nuestros novios hemos
para siempre terminado,
á qué hacernos un legado
de novios que no tenemos?

PILAR. Aunque estas cuestiones huyo,
de tí un poco desconfío;
ya que me quitaste el mío,
no querrás guardar el tuyo.

ASUNC. Muy al contrario, por Dios;
no entendiste mi protesta.
Por mi parte, estoy dispuesta
á regalarte los dos.

ESCENA X

PILAR, ASUNCIÓN y EUGENIO

EUGENIO. Don Pablo me manda aquí
y acepto su indicación.
Saludo á usted, Asunción.

(Le da la mano y se dirige después á Pilar.)

PILAR. No se cuide usted de mí.

EUGENIO. Vengo á dar satisfacciones,
porque ayer me propasé.

PILAR. Muchas gracias.

EUGENIO. No hay de qué.

PILAR. Sobran las explicaciones.

EUGENIO. Mi conducta he deplorado
como cumple á un caballero;
no es preciso ser grosero
por estar desengañado.

PILAR. Con excusa tan sencilla
me contento, y conclusión.
Ahí tiene usted á Asunción,
y á su lado hay una silla.

(Casi lo sienta y le vuelve la espalda.)

EUGENIO. No me deja responder,
y me trata con mal modo.

PILAR. Porque de usted sé ya todo
lo que tengo que saber.

EUGENIO. Aun cuando yo no me aprecio
con ojos de vanidad,
se ofende mi dignidad
si me miran con desprecio.

PILAR. Su persona es apreciada
en cuanto puede valer.

ASUNC. Tú la estimas.

PILAR. Desde ayer,
absolutamente en nada.

EUGENIO. Reprima usted el afán
de herirme, que tiene filo
su lengua.

ASUNC. Estése tranquilo:
ustedes se arreglarán.

PILAR. ¡Yo con él! ¡Qué aberración!
¡Pensarlo sólo es insulto!

ASUNC. ¿Y si el amor anda oculto
detrás de esa indignación?

EUGENIO. Pues yo con usted, jamás;
el mayor de los jamases.
Y no busque usted las frases
que puedan dolerme más.

PILAR. Las elegiré de trazas
suaves, dulces y sonoras,
para usted, que á todas horas
me está dando calabazas.

EUGENIO. Si hablo á usted en mi defensa,
y no oye mi explicación;
si á cada buena razón
responde con una ofensa,
¿he de estar á su merced,
tierno, afable y relamido,
cuando yo no he merecido
ni una disculpa de usted?

PILAR. Y vuelta á la repetida
cuestión de nuestras cuestiones:
yo no doy explicaciones
puesto que soy la ofendida.

ASUNC. ¿Se sentó usted á mi lado
para hablar con mi cuñada?

EUGENIO. Yo ni me senté, ni nada;
es Pilar quien me ha sentado.
Y debió ser su intención,
conocida su prudencia,
que hiciese yo en su presencia
cualquiera declaración
y, puesto que me provoca,
le diré á usted que la quiero,
que la adoro, que me muero,
que siento una pasión loca.

PILAR. Siga usted, que ella se anima.
(Dirigiéndose á Manuel que entra en escena.)
¡Ah! ¡Manuel! ¡Más oportuno!

ESCENA XI

DICHOS y MANUEL

MANUEL. (A Asunción y Eugenio.)
Yo no molesto á ninguno:
vengo aquí á ver á mi prima,
(A Eugenio.)
Siga usted á ese compás:
no ha de haber un cataclismo.

Yo la dije ya eso mismo
y acaso un poquito más.

EUGENIO. (Á Asunción,)
Me ha pegado á la pared.
(A Manuel.)
¿Qué indica esta reticencia?

MANUEL. Que ese colmo de inocencia
me ha dejado por usted.
Conque, siga usted su juego;
pero antes de ir al altar,
párese usted á pensar
si podrá dejarle luégo.

EUGENIO. (Queriendo levantarse, y hablando quedo con Asunción.)
Aunque es justo que se encele,
esta burla no la paso.

ASUNC. (Reteniendo sentado á Eugenio.)
Quieto: no le haga usted caso.
Habla de mí y no me duele.

PILAR. (Á Manuel, aparte.)
Sentémonos y hazme mimos.
Que Eugenio rabie y patee.
(Se sientan accionando y sonriendo mucho.)

ASUNC. (También en voz baja á Eugenio.)
¿Qué se dirán?

EUGENIO. ¿Usted cree
que se entenderán los primos?

ASUNC. (Haciendo esfuerzos para oir lo que dice la otra pareja.)
No lo sé: yo estoy volada;
por más que hago nada escucho;
pero, hombre, hábleme usted mucho,
aunque no me diga nada.

MANUEL. (Á Pilar, en tono iracundo y muy sonriente para engañar á Asunción y Manuel.)
¡Ser ese hombre seductor!...
Te digo que me destemplo.

ASUNC. Siga usted aquel ejemplo:
hágame usted el amor.
(Eugenio arrima su silla á la de Asunción.)

MANUEL. ¡Cómo acercándose va
á ella!

PILAR. ¡Que así se propase!
MANUEL. Antes que ese hombre se case
lo mato.
PILAR. Bien muerto está.
EUGENIO. (Alto para que lo oigan Pilar y Manuel.)
Asunción, si usted me quiere,
no hay que hacer ningún misterio.
ASUNC. (Quedo.) ¿Pero me habla usted en serio
ó para que otro se entere?
EUGENIO. (En voz baja.) En serio.
(En alta voz y mirando á Pilar.)
Y seré leal,
dulce, tierno, arrullador.
ASUNC. (Quedo.) No me explique usted su amor
contemplando á mi rival.
MANUEL. (Siempre aparte, á Pilar.)
Pero estoy considerando,
mientras ellos se hacen cocos,
que no valen los sofocos
que nos estamos tomando.
PILAR. Y tienes razón, Manuel.
MANUEL. Ella podrá ser graciosa,
pero tú eres más hermosa.
PILAR. Y tú más guapo que él.
EUGENIO. (Á Asunción, en voz baja.)
Usted es una hermosura;
pero, aunque fuera un demonio,
la tomaba en matrimonio,
por hacer una diablura.
MANUEL. (Á Pilar, aparte.)
No pienses más. ¡Qué simpleza!
Quiéreme, y nos vengaremos,
aunque luégo nos tiremos
los platos á la cabeza.
(Alto á Eugenio.)
Aquí marchamos muy bien.
EUGENIO. Pues aquí no andamos mal.
MANUEL. (A Pilar.)
Dáme un abrazo.
(Después de abrazar á Pilar dice á Eugenio.)
¿Qué tal?
EUGENIO. Sólo me inspira desdén.

Yo busco aquí esos arrimos.
(Pretende abrazar á Asunción.)

ASUNC. (Conteniéndolo é indignada con Pilar.)
¡Ella se queda muy ancha!

EUGENIO. (Abrazando á Asunción contra su voluntad.)
Déjeme usted la revancha.

ASUNC. Sí; pero aquellos son primos.

MANUEL. (A Eugenio.)
¿Estos rasgos amorosos
le darán á usted envidia?

EUGENIO. No los tuve... por desidia.

PILAR. ¡Hombres! ¡Siempre vanidosos!

MANUEL. Nuestra pasión es un hecho.

EUGENIO. La nuestra no es un capricho.

PILAR. Asunción, lo dicho, dicho.

ASUNC. Pues Pilar, á lo hecho, pecho.

ESCENA XII

DICHOS y DON PABLO

EUGENIO. Don Pablo, lo iba á buscar.

MANUEL. Esperaba esta ocasión.

EUGENIO. Me caso con Asunción.

MANUEL. Me da su mano Pilar.
(Se han levantado las dos parejas, quedando siempre Manuel al lado de Pilar y Eugenio junto á Asunción.)

PABLO. Pero vamos poco á poco.

EUGENIO. Yo no cedo.

PABLO. (A Manuel.) ¿Y tú no cedes?

MANUEL. No.

PABLO. ¿Y entre todos ustedes
no hay nadie que no esté loco?
Conque el uno á la otra deja,
y toma... ¡Qué obcecación!
¡Han bailado un rigodón
y han cambiado de pareja!

PILAR. Yo no perdono el ultraje.

MANUEL. Ni yo aquella ofensa ruda.

EUGENIO. (A Manuel.)

Usted me infundió la duda.

ASUNC. Yo me vengué de coraje.

PABLO. Cierto; y por una imprudencia,
muy fácil de corregir,
se juegan el porvenir
para toda la existencia;
porque en la senda fatal
que han seguido en este asunto,
ya están ustedes á punto
de proceder todos mal.

MANUEL. Ya lo veremos después.

EUGENIO. Adelante.

PABLO. Porque el hecho
es que todo se ha deshecho
para hilvanarlo al revés.
Y es el caso, que al presente
ninguno de ustedes piensa
que ha sido grave la ofensa
de su vecino de enfrente.
Ya no sienten, la verdad
de sus semblantes la copio,
más que heridas de amor propio,
rasguños de vanidad.
Y cuanto digo, lo fundo;
por eso indico los daños:
como tengo muchos años
sé ya bastante del mundo.
El amor es invencible,
no lo doma el albedrío,
y suele adquirir más brío
si lucha con lo imposible.

MANUEL. Eso es verdad.

PABLO. (A Manuel.) ¿No has pensado
si tu prima, ya casada,
se sentirá apasionada
del hombre á quien ha dejado?

EUGENIO. (Sin poder reprimir su alegría.)
¡Ah! ¿Sí?

PABLO. (Á Manuel.) No le sabe mal.

EUGENIO. Entonces el ofendido
no era yo, sino el marido.

PABLO. ¡Se ha vuelto usted inmoral!

MANUEL. (Á Eugenio.) En ese caso, su esposa,
si llega á serlo Asunción,
recordará mi pasión.

EUGENIO. ¡Hombre! Eso ya es otra cosa.

PABLO. ¡Aún no han jurado deberes
y ya sueñan con deslices!
¡Aspiran á ser felíces
quitándose las mujeres!
¿No es más sencillo y más llano,
huyendo de esa maldad,
coger la felicidad
que se tiene tan á mano?

MANUEL. (A Pilar y Asunción.)
Decid algo... y sed sinceras.

EUGENIO. Yo con ansiedad escucho.

ASUNC. Callando decimos mucho.

PILAR. No hemos de hablar las primeras.

MANUEL. Mi amor es muy pertináz.

EUGENIO. Pilar era mi esperanza.

PABLO. (Cogiendo por las manos á Asunción y Pilar, y colocando á cada una en el sitio que ocupaba la otra.)
Pues vuelta á la contradanza:
se hace otro cambio y en paz.

ESCENA XIII

DICHOS y ROSARIO

PABLO. Vaya, ¿y tú no te acomodas?
Ya lo harás más adelante.

ROS. No entiendo...

PABLO. Que en un instante
se han arreglado dos bodas.

ROS. ¿Conque tanta dicha?...

PILAR. Es cierta.

ROS. ¿Y se casan, y se van?

ASUNC. Por parejas.

ROS. (Gritando.) ¡Juan!

PABLO. ¿Qué?

ROS. ¡Juan!

PABLO. ¿Está aquí?
ROS. (Á Pablo y luégo á Juan.)
Junto á la puerta.
Puedes entrar sin temor.

ESCENA XIV

DICHOS y JUAN

PABLO. ¡Si estudian con el demonio!
ROS. (Á Juan.) Hace falta un matrimonio
para cuidar al señor.
PABLO. (Á Rosario.) Yo por tí, con mucho agrado,
á mi lado te tendría
y acaso te dotaría... (Señalando á Juan.)
Pero ese es muy mal pensado.
ROS. Con tan grandes elementos...
Dote, casa, mesa, abrigo...
JUAN. Todo lo acepto en castigo
de mis malos pensamientos.
PABLO. (Pasando la vista por los grupos que forman los actores.)
Viviréis en un Edén
con algún freno mental,
y en la lengua, ten con ten;
pues quien piensa y habla bien
no puede proceder mal.

FIN DE LA COMEDIA



PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.